

# **Romeo Galdámez**

Miguel Huevo Mixco

Centro Cultural de España, febrero 2008

# Romeo Galdámez, o la algarabía de la diversidad

Miguel Huevo Mixco

El viajero ha regresado convertido en un maestro de la gráfica. Romeo Galdámez, a lo largo de una carrera de treinta años ha plasmado como pocos artistas la abigarrada mezcla de signos, objetos y prácticas que adefinen a las sociedades de nuestros días. Sociedades donde la identidad se concibe como una ficción-montaje, la verdad como discurso y la imagen como espectáculo de lo real.

La obra de Galdámez es la celebración de la diversidad. Figuras indígenas, exvotos y santos paganos, caligrafías y postales, íconos que emergen de las sagas revolucionarias y de los platós de Hollywood, encaramados en una sintaxis robada de la televisión y la música popular, de la algarabía de los mercados, los supermercados y las ferreterías, de la prensa y la arquitectura; un retablo del mundo cuyas raíces están en el gran arte y en la estética publicitaria.

Sus serigrafías son verdaderos monumentos de historia y vida cotidiana. Transpiran emociones humanas y sociales. Han andado, asombrando y cautivando, por muchas partes del mundo —en unos 50 países, para decirlo pronto. Y ahora vienen a este pequeño mapa manchado de sangre y crayolas.

Romeo Galdámez, nació en Cinquera, Cabañas, en 1956. Tuvo su primera formación en el Centro Nacional de Artes (CENAR), de donde se graduó con honores. Allí se enroló a una generación de alucinados y tomó contacto con un grupo de personalidades jóvenes y brillantes: Roberto Galicia, Roberto Huevo y Roberto Salomón, que le dejarían una huella.

Las opciones de empleo para los egresados del CENAR estaban en las empresas locales de publicidad y diseño de textiles. Debido a sus altas calificaciones, Romeo accedió a una beca que le llevó a Porto Alegre, Brasil, donde tuvo sus primeras experiencias en colectivos vinculados al mundo de la gráfica, y en especial al movimiento de Arte-Correo, un movimiento planetario de intercambio y comunicación a través del sistema postal, nacido en los años 60, que fusiona arte y comunicación.

Cuando la beca termina, en 1977, con unos pocos billetes en la bolsa, decide volver a El Salvador. Emprende por tierra un viaje maravilloso por varios países de Latinoamérica. Su América Latina, acelerada, bulliciosa. “Ese viaje fue un gran encuentro con mi cultura”, dice, cada vez que recuerda aquellos años.



Camino de El Salvador, llega a Santiago de Chile y respira la atmósfera opresora de la dictadura. Cruza el desierto de Atacama, donde la soledad puede pulverizarse en partículas finísimas que se meten en los ojos. Llega a Medellín y mira a los militares husmeando entre los sostenes de las gordas de Botero. Los acentos, los ritmos, las noticias, los himnos y los fados de esa América, le afinan el ojo y el oído.

Ingresa a El Salvador donde se reencuentra con sus amigos: César Menéndez, David (El Papo) Méndez y Ricardo Miranda, están meciendo sus trapecios para lanzarse a la vida o la muerte. Con su familia, que ha extrañado. Con el país convulsionado.

Dos meses más tarde, regresa a Brasil para finalizar su carrera. Nuevamente, se gradúa con altas calificaciones. Realiza su primera exposición en la galería Turma, de Porto Alegre. Para entonces, se ha colocado el anillo de compromiso con la gráfica. Regresa al país, por el que siente urgencia, pero al volver todo parece estar sumergido en la crisis. El país se encaminaba a la guerra. Unos pocos obstinados, en un país que parece solo entenderse a trompadas y balazos, se afanan por mantener viva la actividad artística e intelectual. Esto, desde luego, los vuelve doblemente sospechosos. Decenas de artistas salen al exilio, otros son secuestrados y asesinados. Galdámez mismo no escapará a ese sino.

Marina Rodríguez de Arocha lo coloca al frente de la Dirección de Publicaciones. Con su nombramiento bajo el brazo, ingresa al edificio de la editorial, en el pasaje Contreras. El Paraíso huele a tinta y papel. Días aciagos: el Infierno queda en la misma vecindad. Una mañana es de luz, otra

de tinieblas. Un contingente de soldados del Cuartel San Carlos llega a la imprenta. Los milicos le muestran volantes comunistas y trajes de campaña supuestamente encontrados en el plantel. Ya están allí los de la prensa: los videos y las grabadoras lo convierten en culpable.

Ninguno escucha su reclamo de inocencia. La noche del 9 de enero de 1981, y las noches de las tres semanas que siguieron, durmió en las bartolinas de la Policía Nacional, en el “Castillo Negro”, catedral del miedo. Un día después, el movimiento armado lanza la primera ofensiva nacional. La guerra ha comenzado.

Lo trasladan al penal de Santa Tecla. Allí conoce a los sindicalistas de Fenastras y asiste a una ceremonia insólita: el Consejo Superior Universitario preside, tras las rejas, la graduación de un grupo de abogados. Entre tanto, sus colegas de la red internacional de Arte-Correo han levantado una campaña a favor de su liberación. Finalmente, en marzo de ese mismo año, le otorgan la libertad. Antes de echarlo a la calle, un oficial le repite una orden, parecida a la que Juan Aberle le diera a Darío, pero con menos cordialidad: “—Váyase de aquí, o se muere”.

En pocas horas está a bordo de un avión, rumbo a México. Al llegar, pide el asilo político. Se lo otorgan. Buscándose la vida, se va a Puebla donde se emplea en la Universidad del Estado. Después a Michoacán. Más tarde a Morelia, como maestro de comunicación gráfica. Fueron 22 años dedicados a la docencia y al despliegue de su energía creativa. Romeo se refiere a toda esa época como de “una verdadera catarsis gráfica”. Mira, huele, recorta, hace fotos, imprime, raya, toca, investiga, viaja, expone: conjugaciones todas



memorias unidas (páginas en construcción)

tríptico

serigrafía [2003]

120 cm. x 240 cm.

del verbo vivir.

Pocos meses después de su llegada a México, expone individualmente en el Museo Universitario del Chopo, de la UNAM. Y luego en la Pinacoteca de la Universidad de Puebla. De allí, su obra viaja hasta Uruguay, de la mano del respetado Instituto Cultural El Galpón. En los años 90, incursiona en el mundo artístico canadiense, primero que nada en Vancouver, con una exposición deslumbrante que titula “Magia, nuevos mitos y contradicciones”. La hoja de servicios de Romeo es impresionante.

Ha montado en Belgrado, Toronto, Miami y en las estaciones Zapata, Coyoacán y Copilco del Metro de la Ciudad de México; en Quito, Osaka y muchos otros lugares.

Para celebrar sus veinte años de vida artística, publicó su sorprendente libro *Co (razón) Collage: Fin de una etapa* (1998), auténtico libro-objeto, intensamente lúdico, pieza gráfico-escultórica, codiciada por coleccionistas de todo el mundo. Tras conocer su obra, en Buenos Aires, Graciela Kartofel, escribe: “Romeo Galdámez estableció en su trabajo artístico una estructura que todavía no tenía nombre pero que hoy en día es uno de los temas más importantes del fin del siglo”. Se refiere a esa abigarrada variedad estética que incluye recetas, impresiones offset, serigrafías, troquelado, sellos, en papel hecho a mano y de diferente gramaje, con incisiones metálicas y fotografías. Materias que se saltan las fronteras de los lenguajes.

“— Quizás por eso las crónicas y los collages musicales de Manu Chao, me suenan tan familiares”, dice este artista, que juguetea con elementos tomados del entorno

cotidiano inmediato, que bebe en el bar del dadaísmo, deambula por los sótanos de Copán, marcha al lado de los migrantes saltando el muro, dormita en las jaulas relucientes de Joseph Cornell, y tiene habitación propia en el Taller de la Gráfica Popular de la era Vasconcelos, en México.

Su utopía es acabar con la monarquía de la pintura, esa vieja fascinada con lucirse en los templos del dinero, pero que es capaz de conmover al mundo; y moler el “prestigio” de la obra única, para multiplicarla. Resultado y paradoja: Galdámez ha convertido la serigrafía en un producto pictórico. Pero, como Toño Salazar, sus codiciadas obras originales serían esas placas, atornilladas a las prensas; o la imagen bañada de luz (mezcla aditiva de rojo, verde y azul) enredada entre píxeles... con lo cual ingresamos al imposible mundo de la imago.

— ¿Y qué es la imago?

— “Los molinos del vino/ La eternidad/ Y a fumar” —, respondería el bueno de José Lezama Lima.

Romeo volvió a El Salvador en agosto de 2003. Silencioso gato, con la algarabía de sus grabados. El maestro ha regresado convertido en un viajero. No se le encontrará en las páginas amarillas del arte nacional. Esta exposición que resume su trayectoria artística de treinta años, es una especie de “rendición de cuentas” al país ignaro que siempre estuvo convulsionando en sus magníficos retablos, país-agujero negro de su universo visual, híbrido entre los híbridos, mojón del kilómetro cero donde se cruzan lo local y lo global, chingaste donde se refleja la fragmentación de nuestra [Identidad.com\(partida\)](http://Identidad.com(partida)).

San Salvador, enero de 2008

